

See discussions, stats, and author profiles for this publication at: <https://www.researchgate.net/publication/306372516>

Saborear texturas. Una travesía por los sentidos

Article · April 2015

CITATIONS
0

READS
107

1 author:



Carlos Andrés Salazar
Universidad EAFIT

28 PUBLICATIONS 8 CITATIONS

[SEE PROFILE](#)

Some of the authors of this publication are also working on these related projects:



Metáforas del cerebro [View project](#)



Data analysis for human sciences [View project](#)

Dios no se irá todavía mientras el ser humano sea una amenaza para el ser humano. El presbítero Tomás de Kempis en el siglo xv lo advertía al predicar que “cada vez que me aventuro entre los hombres, regreso menos humano”. En el mismo tono, Hobbes en el siglo xvii y Schopenhauer en el siglo xix popularizaron el aforismo de que “el hombre es un lobo para el hombre”, y Sartre remató en el siglo pasado con la célebre frase de que “el infierno es el otro”. Con tanta agresividad y tanto miedo hace falta Dios para contener, proteger y consolar.

Los marxistas aseguran que el bípedo humano creó a Dios y no viceversa, pero eso no significa que Dios no exista en la cotidianidad de los hombres y las mujeres, pues persiste un impulso religioso feroz, casi que universal. Quedan como ateos los recién nacidos y un pequeño e invisible grupo que sin la presencia y ayuda de Dios vive en alegría.

Dios no se puede ir todavía. Falta que el ejemplar humano supere la etapa de la razón para que comprenda a plenitud el origen del universo. Falta evolucionar a una fase superior, más allá de la inteligencia, para entender el truco mágico que hay detrás de la vida.

Sin embargo, ¿cómo superar la época en la que el ser humano es un lobo para el ser humano? Parece impensable, por el momento, la aparición de hombres y mujeres magníficos que no sientan ni generen angustias, seres sin pequeñas o grandes vilezas. La ciencia conocida, poco o nada ha hecho

al respecto. Los experimentos sociales impulsados desde la llamada dictadura del proletariado o desde el reino del mercado o desde las oraciones de todas las creencias religiosas han fracasado. Las teorías y sus seguidores siguen vivos, pero dando tumbos como sonámbulos, sin que surja el ansiado “hombre nuevo” previsto por variadas doctrinas que han concluido en simples utopías o en recetas ingenuas plasmadas en incontables libros de autoayuda, que no evitan que los humanos sigan inhumanos.

Parece, entonces, natural un refugio divino para esquivar los sistemáticos actos inhumanos, para sobrellevar la tempestad de la vida. Dios es infinito para los creyentes, aunque sería mejor afirmar que su duración no está prevista, mientras se consume como un remedio contra los horrores de nuestro pequeño y extraviado mundo.

Para la criatura humana, frágil y solitaria, Dios es una buena compañía, donde no se cumple aquello de “dime con quién andas y te diré quién eres”. ■

luis.mejia@udea.edu.co



Saborear texturas. Una travesía por los sentidos

*¿Qué ritmos esperan por mi paladar
más allá de la frontera?*

CARLOS ANDRÉS SALAZAR MARTÍNEZ

Quiero hablar de los sentidos y, como tal vez a los lectores también se les conquiste por el estómago, comenzaré por el del gusto. Porque es que ahora, luego de años de comer muy cerca de casa, puedo decir que esa comida con la que crecemos termina adquiriendo una monotonía severa. Su presencia impone una cadencia rutinaria de la que no somos conscientes hasta que aparecen nuevos ritmos. El primero de ellos —uno vertiginoso e impredecible— fue, para mí, la comida santandereana; sus platos parecen estar en otra escala musical, una para la que mi gusto, quizás, se había estado preparando. Una que valía la pena escuchar. En el momento en que una extraña cebollita ocañera liberó su sabor en un temperamental pequeño trozo de carne oreada, se produjo una explosión

en la que el aburrimiento había terminado. Era como si Paco de Lucía interpretara acordes para que mis papilas gustativas se sintieran invitadas a una eufórica e inesperada fiesta.

La poderosa habilidad que tenemos los seres humanos para interpretar la realidad a través de los sentidos, y la aún más curiosa capacidad de estos para mezclarse con otros, queda también ilustrada en una película infantil. Para poder resolver el asunto de enseñar a los espectadores qué sensaciones deberían venir a nuestro paladar ante algún modesto gesto de los protagonistas, los realizadores de Pixar decidieron utilizar explosiones multicolores. En *Ratatouille*, al encontrarse con su hermano —un insaciable devorador de basura— Remy quiere hacerle entender que comer es más que una simple ingesta de alimentos. Que aquello de comer, más allá de buscar satisfacer una necesidad fisiológica, implica gozarse las proezas de las que es capaz nuestro sentido del gusto y, tal vez con ello, atreverse a disfrutar el vínculo que tiene con todos los demás sentidos. Es así como, en la escena, cada alimento y cada mordisco imponen al espectador la presencia de unas impredecibles burbujas de colores que cambian de forma y de tono en la medida en que el hermano de Remy entiende la propuesta.

La posibilidad de relacionar el sabor de las comidas con la música, los movimientos o los colores plantea un juego del que tanto artistas, en general, como poetas, en particular, han sabido sacar provecho. Qué otra cosa

es una metáfora que la posibilidad de mezclar en una frase dos sentidos. Para algunos, de hecho, es mucho más simple de lo que parece, su cerebro mismo tiene la capacidad de descubrir relaciones insospechadas entre las sensaciones que producen texturas, sonidos, sabores, colores, olores y procesarlas a través de un sentido que no es el encargado de ello. Personas que tienen la capacidad de saborear sonidos, de oler colores, de ver olores, de olfatear texturas —solo como por exagerar—.

Aunque todos, de una u otra forma, somos sinestésicos. Es popular ya el ejercicio que retoma el neurocientífico estadounidense David Eagleman para demostrarlo: un ejemplo en el que pronunciar palabras como Kiki y Buba revelan desde texturas hasta distribuciones geométricas.

Vilayanur Ramachandran, neurobiólogo, en una de sus charlas TED, reconoce a Francis Galton como el descubridor de la sinestesia. Resalta también que investigaciones recientes permiten determinar que es justo en la región conocida como la circunvolución fusiforme donde se producen en algunos inusuales casos conexiones que generan sinestias color-tono o color-número. Memorizar tantas cifras decimales del número pi como veinte mil, incluso más, es solo proeza para personas en las que los números llegan a su conciencia como colores y no como símbolos.

La sinestesia es resultado de un gen que irrumpe en la distribución habitual de ciertas regiones del cerebro.

Aproximadamente 2% de la población mundial tiene alguno de los cerca de 65 tipos de sinestesia reportados. Sin embargo, eso no impide que el resto de los mortales tengamos la capacidad de comprender no solo alguna genialidad, sino también producir abstracciones, metáforas y con ello darse la oportunidad de encontrar nuevos campos de sentido. La prueba más fiel de todo esto es que aún nos maravillamos con la poesía y sus formas. Somos capaces de estremecernos con alguna astuta y, por demás, cada vez más escasa metáfora o figura retórica. ¿Cuál será el poeta que nos sorprenda cuando sea imposible renovarlas?

Respecto a los sentidos hay una literatura que los prefigura y una ciencia que intenta entenderlos. Proust propone, con esa curiosa suspicacia que le es propia, qué pasaría si tuviéramos unos sentidos mucho más sensibles, qué extraña realidad nos depararía haber sido seres de otro planeta:

Aunque dispusiéramos de alas y otro aparato respiratorio que nos permitiesen atravesar la inmensidad, no nos servirían de nada, pues, si fuéramos a Marte y a Venus conservando los mismos sentidos, revestirían con el mismo aspecto que las cosas de la Tierra todo lo que pudiéramos ver. El único viaje verdadero, el único baño de juventud, no sería ir hacia nuevos paisajes, sino tener otros ojos, ver el universo con los ojos de otro, con otros cien, ver los cien universos que cada uno de ellos ve, que cada uno de ellos es. (Proust, 2006: 266)

Ese solo fragmento abre una discusión respecto a la cual lo único que puedo hacer es extenderla. Solucionar este debate dependerá de que la filosofía y la neurobiología quieran entenderse. Solo me es permitido mostrarles la puerta. Dice también Proust que ciertos pensadores materialistas, sin estar de acuerdo con ellos, se imaginan que el hombre sería más feliz y capaz de una poesía más alta, si sus ojos pudieran ver más colores, las ventanas de su nariz conocer más perfumes. Fue obvio, incluso para Proust, que esa afirmación no tenía sustento alguno. Aunque, por el momento que está atravesando la ciencia, quizás encontremos lugares más altos para poner nuestra felicidad o lugares mucho más bajos para poner nuestra tristeza. Tal vez no hubiera sido necesario provenir de otro planeta para tener otro tipo de sentidos. Qué clase de poesía nos depararía poder tener la sensibilidad de criaturas como los murciélagos, las palomas, las abejas. Qué hubiera pasado si, en medio de esos caprichosos caminos de la evolución, nuestra audición fuera tan sensible como un sonar, si pudiéramos percibir los campos magnéticos para determinar el rumbo como una

brújula, si viéramos el mundo en infrarrojo como *Depredador*. Quizás, como responde Eduard Punset a Galileo —que tuvo una inquietud muy parecida a la de Proust—, tendríamos otra matemática, esa otra forma en que hacemos poesía con la naturaleza:

[...] las matemáticas que hemos inventado se adaptan a nuestra percepción del universo, lleno de líneas rectas, perfiles precisos, bordes —al astrónomo Mario Livio, gestor del telescopio *Hubble* durante muchos años, le gustaba decir que si hubiésemos tenido visión infrarroja y, consecuentemente, borrosa, hubiésemos inventado unas matemáticas distintas a las euclidianas. (Punset, 2005:91)

En la actualidad, los avances de las matemáticas nos han permitido ver el universo desde otras perspectivas, considerando otras texturas y formas. Matemáticas que exigen otro tipo de intuiciones. Eso demuestra, tal vez, que no hubiera sido necesario nacer en otro lugar del cosmos. Pero qué sensibilidad es necesaria más allá del *horizonte de sucesos*.

De otro lado, en el mundo no todos tenemos las

mismas capacidades sensoriales. Investigadores del Instituto de Investigación Biomédica de Bellvitge - IDIBELL han encontrado que, de hecho, y gracias a técnicas de imágenes de resonancia magnética, en una de cada veinte personas la música no motiva ninguna reacción fisiológica. Más claros son los ejemplos de personas, cercanas a nosotros, que no poseen sentido del olfato, del gusto o que no pueden reconocer colores. Un fenómeno muy parecido a ese no poder entender con precisión ciertos versos o que la mayoría sean realmente malos para comprender las matemáticas. La sensibilidad es un factor clave para que el otro tronco del conocimiento humano funcione. Y solo como para que se entienda ese asunto del *tronco*, según Kant hay dos troncos del conocimiento humano, que proceden acaso de cierta raíz común, pero desconocida para nosotros: la *sensibilidad* y el *entendimiento*; por la primera, *se nos dan los objetos*; por la segunda, *los pensamos*. ■

casalazar@gmail.com

Bibliografía

Proust, Marcel (2006). *La prisionera*. Barcelona: DeBolsillo.
Punset, Eduardo (2005). *El viaje a la felicidad*. Barcelona: Ediciones Destino.



Fotografía Diego González

El 31 de marzo murió en Bogotá el distinguido jurista, político y pensador colombiano, doctor Carlos Gaviria Díaz, amigo y colaborador de nuestra Revista.